

vout, que con los polacos, los sajones, su tercer cuerpo y parte de los dragones, había quedado en Polonia al otro lado del Vístula y que formaba la primera comandancia, se replegó entre aquel río y el Óder, ocupando á Thorn, Varsovia y Posse, con la caballería en el mismo Óder. La Polonia, recomendada con todo empeño á Napoleón por el rey de Sajonia, logró de resultados un notable alivio. El mariscal Soult, que estaba propuesto á la segunda comandancia, recibió orden de evacuar la antigua Prusia y de encaminarse hacia la Pomerania prusiana y sueca, continuando su caballería solamente en la isla de Nogat. En la derecha del Vístula sólo quedaron los granaderos de Oudinot, en Dantzic. El primer cuerpo, que había pasado bajo las órdenes del mariscal Víctor, continuó ocupando á Berlín, con la caballería de línea á la espalda, en las orillas del Elba. El mariscal Mortier, con los cuerpos quinto y sexto y dos divisiones de dragones, quedó en la Silesia superior é inferior. Al príncipe de Ponte-Corvo, que mandaba sólo en las orillas del Báltico desde la toma de Stralsund y la disolución del cuerpo del mariscal Brune, se le mandó ocupar á Lubeck con la división de Dupás, á Luneburgo con la de Boudet, á Hamburgo con los españoles y á Bremen con los holandeses. Toda la caballería que quedó sin empleo en estas diversas comandancias fué enviada á Hannóver. Los bávaros, los wurtembergueses, los badenses, los hessenses y los italianos consiguieron poder volver á sus respectivos países. La artillería gruesa de sitio y las provisiones que había de vestuarios, zapatos y armas, confeccionados en Polonia y Alemania á fuerza de plata, se mandaron á Magdeburgo. La guardia imperial, con doce mil hombres de fuerza, aceleró su marcha á París.

Al prescribir Napoleón estos movimientos llevaba el doble objeto de descargar de tropas al Norte de Europa y de hacer regresar á Francia algunos regimientos de tropa veterana. Además de la guardia que iba á llegar, llamó nueve ó diez regimientos de infantería, alguna fuerza de artillería de á pie y muchos cuadros de dragones. Hízolo con su habitual destreza para que de estos cambios no resultase dislocación, sino por el contrario una organización más perfecta de sus cuerpos de ejército.

El cuerpo de Lannes, formado con los granaderos de Oudinot, quedó al principio en Dantzic, donde era suficiente esta fuerza considerada como guarnición y como impuesto. Decretó Napoleón la disolución de la división de Verdier, compuesta de cuatro soberbios regimientos de infantería. Dos de estos regimientos, el 2.º y el 12 ligero, que formaban parte de la guarnición de París, fueron llamados á esta capital; los otros dos, el 72 y el 3.º de línea, pasaron á la división de Saint-Hilaire en cambio de los tres regimientos 43, 55 y 14 de línea que se le habían quitado por tener su depósito en el campamento de Boloña y en Sedán. Quedaba esta división reducida á cinco regimientos, cuyo número no quería traspasar Napoleón. A la división de Morand, compuesta de seis regimientos, se le cercenó el regimiento 51. La división de Dupás, que con los sajones y los polacos componían en Friedland el cuerpo de Mortier actualmente disuelto, no ofrecía más que una agregación pasajera y gravitaba sobre la ciudad de Lubeck. Separó de ella Napoleón el 4.º ligero, que formaba par-

te de la guarnición de París, y el 15 de línea, que pertenecía á Brest. Por último, no siendo ya necesario en Dantzic el 44 de línea que había quedado allí de guarnición descansando de los desastres de Eylau, fué también llamado, y también lo fué el 7.º de línea, ya disponible desde la evacuación de Braunau. La artillería de la división de Verdier, disuelta, se reunió á los cuerpos que regresaban á Francia. El cuerpo de dragones era en el Norte más numeroso de lo preciso: todos fueron llamados á Francia, después de haberse hecho ingresar toda la gente de los terceros escuadrones de los regimientos 1.º, 2.º, 5.º, 9.º y 10.º, 15.º y 4.º en los dos primeros escuadrones.

De este modo, sin desorganizar sus cuerpos, reduciéndolos á proporciones más uniformes y disolviendo sólo las agregaciones pasajeras, supo Napoleón proporcionarse el medio de hacer regresar diez regimientos brillantes de infantería, pertenecientes casi todos á París ó á los campamentos de las costas; lo cual era una comodidad más, porque siendo estos regimientos los que habían suministrado más gente para los cuerpos del Portugal y del Girona, se les aproximaba de este modo á sus destacamentos. Este saber profundo en el arte de disponer de las tropas es quizá la parte más elevada de la ciencia de la guerra. Como parte de una buena administración, es indispensable á todo gobierno por pacífico que sea. El grande ejército en el Norte era aún de unos trescientos mil franceses, sin contar los polacos y sajones que quedaban en Polonia, los bávaros, los wurtembergueses, los badenses, los hessenses y los italianos, encaminados hacia sus respectivas tierras, aunque no licenciados y dispuestos á acudir donde se les llamase. Tenía á la sazón Napoleón, agregando al grande ejército las tropas de la alta Italia, de la Dalmacia, de Nápoles, de las islas Jónicas, de Portugal, de España y del interior, ochocientos mil hombres de tropas francesas, y por lo menos ciento cincuenta mil de tropas aliadas (1); ¡poder colosal y formidable si se considera principalmente que la mayor parte se componía de soldados experimentados, que los mismos reclutas

(1) Creemos deber citar una carta curiosa de Napoleón á José, en que le expone con la mayor confianza la inmensa extensión de sus fuerzas. En esta carta se revelan al par el orgullo que su propio poderío le inspira, y el apuro de tenerlas que mantener.

*Carta del emperador al rey de Nápoles*

*Fontainebleau, 21 de octubre de 1807.*

«La imperiosa necesidad en que estoy de pener en buen orden el estado de mi ejército, para que no haya desbarajuste en el conjunto de mis negocios, exige que establezca en un pie definitivo mi ejército de Nápoles, y que me conste hallarse bien mantenido. »Fácilmente juzgarás cuánto cuidado tengo que tener con los pormenores, cuando sepas que tengo en pie de guerra más de ochocientos mil hombres. Tengo todavía un ejército en el Passarage, cerca del Niemen; otro en Varsovia; otro en Silesia; otro en Hamburgo; otro en Berlín; otro en Boloña; otro que se dirige hacia Portugal; otro que estoy reuniendo en Bayona; otro en Italia; otro en Dalmacia, al que envío ahora un refuerzo de seis mil hombres; tengo otro finalmente en Nápoles; también tengo guarniciones en todas mis fronteras marítimas. Juzga, pues, si tendré necesidad de calcular económicamente todos mis gastos, cuando todas esas fuerzas van á refluir en lo interior de mis Estados sin tener quien me ayude á soportarlos fuera.

«Conviene que tengas un inspector de revistas entendido que te forme un estado de lo que puede costarte un regimiento según nuestra ordenanza.»

(N. del A.)

habían ingresado en cuadros veteranos, que todos estaban mandados por los oficiales más bizarros que produjo jamás la guerra y que estos mismos por último iban á las órdenes del más grande de los capitanes.

Después de haber acercado al Rhin sus tropas más aguerridas y dirigido los bisoños hacia los Pirineos, lleno de ávida curiosidad, esperó Napoleón por último la noticia de Madrid, que creía no podrían menos de menudear y sucederse rápidamente unas á otras después de un hecho tan ruidoso como la prisión del heredero presuntivo de la corona. Sin tomar resolución alguna, esperando que los sucesos le ofrecerían la más conforme á sus deseos, y sin fiarse en el talento de Mr. de Beauharnais, aunque tenía en su rectitud la más ciega confianza, la única instrucción que le dió fué que estuviese siempre á la mira y que escribiese á París cuanto observase con la mayor celeridad.

Todas las grandes revoluciones se desarrollan por medio de sacudimientos sucesivos y con intervalos siempre más largos de lo que la impaciencia humana quisiera. Así se verificó en España; no se sucedieron en ella los acontecimientos con la rapidez que prometían en un principio.

El príncipe de Asturias, comprometido en una trama, poco criminal seguramente, cuyo objeto en último resultado sólo se reducía á sacar de su error á un padre engañado y á precaver un acto de usurpación; comprometido en aquella trama sin prudencia, sin discreción y sin valor, iba á probar en breve que era digno de la esclavitud á que había querido substraerse. Encerrado solo en su aposento, lleno de terror al pensar en la triste suerte que el fundador del Escorial destinó al infante D. Carlos, lleno de ideas exageradas sobre la crueldad del valido y bastante crédulo para persuadirse de que entre éste y su madre habían envenenado á su primera mujer, se juzgó perdido y quiso salvar su vida usando del más vil de todos los medios, esto es, delatando á sus supuestos cómplices. Aquel hijo, pues, igual en valor á aquellos contra cuya opresión forcejaba, formó el proyecto de prosternarse á los pies de su madre y de confesárselo todo; confesión que reducida á la pura verdad debía por cierto dejarla muy poco satisfecha, pero que se convertiría en una traición infame si por darla gusto acusaba á sus cómplices de crímenes supuestos.

Después de la comunicación dada, según dijimos arriba, á los del Consejo, el rey había ido á buscar en la caza el acostumbrado olvido de los cuidados del trono, que no podía soportar más que brevísimos instantes. La reina se hallaba sola en el Escorial, siempre rebosando cólera. Godoy, que había quedado indispuerto en Madrid, se daba por más enfermo de lo que en realidad estaba. Hizo Fernando suplicar á su madre que pasase á verle á su aposento, donde oiría su confesión, su arrepentimiento y la promesa de su completa obediencia.

La reina, que tenía más talento que su hijo y que huía de toda reconciliación, conociendo que sería este el resultado de la entrevista pedida por el príncipe, le mandó al marqués de Caballero, ministro de Gracia y Justicia, personaje muy avisado, que sabía representar toda clase de papeles, si bien entre todos prefería el que más le acercaba al partido victorioso. Humillóse

profundamente Fernando ante este ministro, declaró cuanto había pasado, limitando no obstante su relación á la pura verdad, que en rigor nada tenía de bochornoso; sostuvo que no había querido más que guarecerse contra un acto atentatorio de sus derechos, y añadió una especie que aún permanecía ignorada, á saber: que había escrito á Napoleón pidiéndole la mano de una princesa francesa. Lo más grave de su confesión fué el haber designado á los duques de San Carlos y del Infantado y principalmente al canónigo Escoiquiz como instigadores que le habían extraviado. El resultado de semejante declaración fué mandar inmediatamente prender y encarcelar en el Escorial con brutalidad inaudita á los personajes que acababa de denunciar. Los presos respondieron con honrosa dignidad y entereza á todas las preguntas que se les hicieron, y redujeron la acusación á su verdadera naturaleza, declarando que únicamente habían intentado quitar la venda á Carlos IV que vivía engañado por un favorito indigno, sacar al príncipe de Asturias de una opresión intolerable y precaver para el caso de que muriese el rey un acto de usurpación previsto y temido por la España entera. La firmeza de estos honrados sujetos, culpables sin duda alguna de haberse prestado á maquinaciones nada regulares, aunque sirviéndoles de excusa lo extraordinario de las circunstancias, era deshonrosa para la infame corte que anhelaba inmolarnos á su venganza y para el príncipe pusilánime que pagaba su lealtad con el más cobarde abandono. Sin embargo, el efecto que produjo este atrevido y torpe procedimiento fué inmenso en toda la península. Era general el grito de furor y de indignación contra el príncipe de la Paz y contra la reina, que trataban, según se decía, de sacrificar á un hijo virtuoso, única esperanza de la nación. No se sabía la esencia de lo ocurrido, pero nadie daba crédito á la absurda imputación que al príncipe de Asturias se le hacía de haber querido destronar á su padre, y el natural criterio del público discernía en los actos que constituían la inculpación un mero esfuerzo para sacar de su error á Carlos IV y ciertas precauciones para evitar que usurpase el favorito la autoridad suprema. Cundiendo poco á poco la noticia del paso dado por Fernando cerca de Napoleón, se achacó la escandalosa causa del Escorial á la cólera con que aquello había sido recibido por la corte; pero conformándose al punto la opinión pública con lo que había hecho el adorado heredero de la corona, lo aprobó sin reserva alguna. Decíase que había sido una excelente inspiración la de dirigirse al hombre grande que había restablecido el orden y la religión en Francia, y que podría, si quisiera, regenerar la España sin hacerla pasar por una revolución; que era sobre todo digna de alto encomio la idea de unir á las dos naciones por vínculos de sangre, por cuanto sólo esta unión podía extirpar de una vez las desconfianzas que alejaban aún de Bonaparte á los Borbones. Se aprobó que Fernando hubiese confiado en Napoleón; se aplaudió en Napoleón el habérselo inspirado, y al punto toda la población de España, con la versatilidad y el entusiasmo propios de toda nación vehemente en sus pasiones, se juntó en un voto y en un clamor unánime, cual fué el de que las dilatadas columnas de tropas francesas encaminadas hacia Lisboa torciesen un instante su dirección hacia Madrid para libertar al pa-

dre engañado y al hijo perseguido del monstruo que los oprimía. Este sentir fué general y unánime en todas las clases de la nación: ¡contraste singular con la opinión que iba á declararse en breve en la misma España contra la Francia y su caudillo! Después de haber despreciado largo tiempo á la España hasta el punto de propasarse en su presencia á todo género de escándalos, empezó el favorito á intimidarse al oír los gritos de reprobación que contra él se alzaban de todas partes. Dejó su lecho, donde afectaba tenerle postrado una grave dolencia, é imaginó presentarse en el Escorial como pacificador y medianero. Las desenfundadas pasiones de la reina eran menos fáciles de contener que las suyas propias, y por lo tanto le costó mucho trabajo convencerla de que era forzoso detenerse en la senda comenzada, á menos de provocar una especie de levantamiento popular. Acababa de participársele la celebración del tratado de Fontainebleau, y á pesar de que este tratado no debía aún recibir la sanción de la publicidad, D. Manuel Godoy experimentaba un júbilo intenso por haber logrado la calificación de príncipe soberano, garantida por la Francia. Veía en esta circunstancia un motivo para tranquilizarse, para evitar toda crisis violenta y en suma para echar mano de los medios más suaves con el fin de llegar á su objeto. Deshonrar al príncipe de Asturias le parecía más seguro que imponerle una condena, que repugnaría á toda España, y de cuyas resultas vendría á ser el príncipe el ídolo de la nación (1). Ya había dado el primer paso en esta

(1) Supone el conde de Toreno, y han repetido otros escritores, que el motivo de haberse suspendido el proceso comenzado contra el príncipe de Asturias no fué más que la orden dirigida por Napoleón al príncipe de la Paz de que no se hiciera sonar para nada el nombre del gobierno francés y el de ninguno de sus agentes. Esta no es más que una suposición que desmienten los hechos y las fechas. Era facilísimo continuar el proceso sin comprometer al embajador de Francia, puesto que las comunicaciones que con él habían mediado no constituían sino muy leves indicios, y los delitos de que más se incriminaba al príncipe y á sus cómplices eran los que resultaban de los otros documentos, tales como el papel en que se delataba á Carlos IV la conducta del favorito, la cifra y el nombramiento eventual del duque del Infantado. Confírmalo más aún la circunstancia de haber continuado la causa contra los cómplices del príncipe, pues siendo exactamente las mismas las inculpaciones dirigidas á éstos, de haber habido compromiso en hacer cargos al príncipe, hubiéralo habido también en hacérselos á sus fautores. Pero repito que las fechas contradicen esta invención de una manera perentoria. El perdón pedido y el real decreto en que se concede llevan la fecha del 5 de noviembre, y en esta época apenas podía saberse aún en París la prisión del príncipe, porque la ocupación de sus papeles se verificó el 27 de octubre, su arresto el 28 y la publicación de todos aquellos hechos en Madrid el 29. No pudo, pues, salir de Madrid ninguna noticia explícita antes del 29 de octubre. En aquella época todos los correos empleaban de siete á ocho días en el camino, de modo que mal podía haber llegado á París la noticia antes del 5 de noviembre. Aun cuando se hubiese despachado el mismo día 27 y se hubiese recibido en París el 3, ¿donde había tiempo para mandar el mismo día 3 una cosa que había de verificarse en Madrid el 5? Bastan, pues, las fechas para desmentir semejante suposición. El príncipe de la Paz sólo le determinó á hacer el papel de conciliador, porque la empresa de hacer condenar al heredero presunto y de despojarle de sus derechos al trono, era superior á su audacia y á la paciencia de la nación española. (N. del A.)

Evidentemente el ilustre autor no ha leído ó no ha comprendido el pasaje de la historia del conde de Toreno á que alude; de lo contrario no se hubiera atrevido á achacar á nuestro historiador errores que no cometió, sólo por el placer de rebatirlos. En esto

nueva vía el mismo príncipe con su premura por prestar confesiones que nadie le pedía y denunciando cómplices en quienes nadie pensaba. Así, pues, aunque con dificultad de parte de la reina, redujo Godoy á ésta á que concediese un perdón que sería humildemente solicitado por el príncipe confesándose culpado. En su consecuencia, pasó el privado al aposento de Fernando, convertido en prisión, y fué recibido en él, no con el desprecio con que hubiera debido recibirle un príncipe dotado de cierta dignidad, sino con la satisfacción propia de un acusado que espera alcanzar la libertad. Entonces Godoy propuso á Fernando, ó bien aceptó á propuesta de éste, que escribiese á su padre y á su madre una carta implorando un perdón humillante, con lo que todo quedaría sepultado en el olvido. Estas dos cartas fueron concebidas en los términos siguientes:

«5 de noviembre de 1807

»Señor:

»Papá mío: he delinuido, he faltado á V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento, y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debí hacer sin noticia de V. M., pero fuí sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdona por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies á su reconocido hijo

»FERNANDO.»

«Señora:

»Mamá mía: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digna interceder con papá para que permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo

»FERNANDO.»

Después que fueron firmadas estas cartas, un nuevo decreto de Carlos IV pronunció el perdón del príncipe acusado, reservándose no obstante la continuación del proceso contra sus cómplices, y prohibiendo la circulación del primero, por el cual había sido denunciado á toda la nación española. Pero era ya tarde para preca-

se asemeja bastante el alucinado escritor francés al famoso héroe de la Mancha en su aventura de los molinos de viento. Dice clara y explícitamente el conde de Toreno que todos en la sometida y acobardada corte del Escorial se estremecieron, y anhelaron poner término al compromiso, al oír que el nombre de Napoleón andaba mezclado en las declaraciones del príncipe de Asturias, imaginándose que Fernando había obrado de acuerdo con el soberano de Francia; y añadía después que «le fué bastante al de la Paz, antes de recibir el aviso de Izquierdo, saber las nuevas declaraciones del real preso, para pasar al sitio desde Madrid, y cortar con su viaje una causa cuyo giro presentaba un nuevo y desagradable semblante.» ¿Dónde está, pues, la suposición que achaca el señor Thiers al conde de Toreno? Si este mismo dice que la comunicación de Izquierdo era del 11 de noviembre, y que antes de recibirla el príncipe de la Paz resolvió reconciliar al hijo con el padre, cuyo perdón publica con fecha del 5 del mismo mes, ¿á qué viene esa rectificación de Mr. Thiers? ¿Qué significa su nota? ¿A qué ese lujo de reflexiones y de fechas? ¿A qué todo ese embrollo, donde todo es claro y sencillo? ¿Dice por ventura el conde de Toreno que la resolución de hacer perdonar á Fernando fuese resultado de la comunicación de Izquierdo? No por cierto, ni cómo había de decir semejante desatino? Lo que dice es que después de recibida ésta, viendo que Napoleón mandaba que no sonase para nada su nombre en el proceso, debió confirmarse en su propósito de cortarlo, y Mr. Thiers no lo ha entendido. (N. del T.)

ver el escándalo. Las deplorables escenas del Escorial iban eslabonadas unas con otras, y ninguna podía permanecer oculta. Las primeras deshonraban al rey, á la reina y al favorito; la última deshonraba al príncipe de Asturias.

Sin embargo, el efecto producido en la opinión pública no fué el que se había pensado. Aunque todos los autores de aquellas escenas habían merecido igual reprobación, el padre por su debilidad, la madre y el valido por sus criminales pasiones y el hijo por la cobarde traición hecha á sus amigos; no obstante, el pueblo español, resuelto á no ver la sinrazón más que en el favorito y en la reina, se obstinó en considerar la conducta del príncipe como una consecuencia de la opresión en que gemía, sus declaraciones como supuestas ó arrancadas violentamente, y continuó amándole con idolatría, aplicándole todas las virtudes imaginables y solicitando de Napoleón un impulso de su poderosa diestra para salvar á la España. Al punto vino á ser Napoleón el dios tutelar invocado por los votos de todo el pueblo. Quizás aquel fué el único momento en que la población española admiró con entusiasmo á un héroe extranjero y apeló á una influencia extraña.

El perdón concedido al príncipe de Asturias fué comunicado á Napoleón, lo mismo que se le había enviado la noticia de la orden para procesarle. Aunque le sorprendió tanto aquél como ésta, vió claramente que este drama, que en otro siglo hubiera podido ser sangriento y que en el actual sólo era repugnante, iba á retardarse para volver á tomar más adelante su impulso y no terminar hasta después de mucho tiempo. Aunque el paso dado por el príncipe de Asturias le había predisposto favorablemente, no sabía si debería fiar en un carácter como aquél, y si en su debilidad y en sus pasiones debería hallar motivos para considerarle como un aliado imponente ó como un enemigo pérfido. No era, pues, muy seguro el partido de darle por esposa una princesa de la familia de Bonaparte, que era en la apariencia la solución más sencilla. Por otra parte, la historia le presentaba ejemplos poco lisonjeros para las princesas destinadas á conciliarlos la amistad de la España con vínculos de sangre. Permitir que siguiesen reinando Carlos IV, el príncipe de la Paz y la reina, tampoco parecía ofrecer una solución muy duradera, ya por el estado de la salud del rey como por la indignación del pueblo español próxima á estallar. Cambiar de dinastía parecía, pues, el partido más sencillo; pero aun en este caso siempre subsistía el peligro de ofender el amor propio de una gran nación y sobre todo el de la Europa entera, porque no había ningún pretexto para destronar á unos príncipes que, aunque divididos entre sí, se mostraban unidos para invocar á Napoleón como amigo y como árbitro. Perseverando, pues, en sus incertidumbres, lo mismo que la España en sus agitaciones, resolvió Napoleón aprovechar aquel instante de reposo para dedicar algunos días á la Italia y poner en orden muchos negocios importantes que reclamaban su presencia. Tenía por otra parte que verse en Italia con su hermano Luciano, reconciliarse con él, y recibir de sus manos á una hija que bien podría ser la princesa destinada á la España, en caso de que triunfase en su ánimo el proyecto menos violento de unir á las dos familias por medio de un enlace. Tomadas estas resolu-

ciones, despachó contraórdenes á sus ejércitos, no para que detuviesen su marcha á España, sino para que la hiciesen con menos celeridad. Dispuso que las tropas del cuerpo de las costas del Océano, que debían trasladarse á Burdeos en posta, hiciesen á pie el camino y sin precipitación. Mandó al general Dupont que lo dispusiese todo para que el segundo cuerpo del Girona pudiese entrar en España á fines de noviembre, y le encargó que se dilatase hasta Valladolid sin avanzar más hacia Portugal.

Despachó de París á su gentilhomme Mr. de Tour-



El mariscal Bessieres

nón, á quien apreciaba mucho por su buen juicio, mandándole que fuese á España á observar lo que pudiera ocurrir, á examinar detenidamente si el partido del príncipe de Asturias era numeroso, si la antigua corte tenía alguno, y por último á llevar la contestación á las varias comunicaciones de Carlos IV. En esta contestación, llena de generosidad y de decoro, aconsejaba Napoleón á Carlos IV que procediese con serenidad y que fuese indulgente con su hijo: negaba haber recibido de éste demanda alguna, y se abstenía de sembrar nuevos gérmenes de discordia, aunque su interés más hubiera debido llevarle á soliviantar que á pacificar la España.

Hecho esto, y persuadido de que en breve le daría otra vez en qué entender esta península, dejó Napoleón á Fontainebleau el 16 de noviembre, acompañado de Murat, de los ministros de Marina y del Interior, de los italianos Sganzin y de Proni y de los directores de muchos ramos importantes, y se encaminó á Milán para abrazar á su hijastro querido el príncipe Eugenio de Beauharnais. Al partir dió órdenes para el recibimiento triunfal de la guardia imperial, que iba á llegar á París.

Deseaba no hallarse en esta solemnidad, y que ni siquiera se pensase en él, si era posible. Quería que se agasajase al ejército, y sólo al ejército, representado por la guardia, que era su parte más selecta; por lo cual, al escribir al ministro del Interior prescribiéndole los pormenores de la ceremonia, le decía: «En los emblemas é inscripciones que se dispongan con este objeto, sólo debe hacerse mérito de mi guardia, no de mi persona; cuidando de que se comprenda bien que el agasajo hecho á la guardia se dirige á todo el grande ejército.»

En efecto, el día 25 de noviembre el prefecto del Sena y los alcaldes (*maires*) de París se trasladaron á las afueras de la Villette, seguidos de un inmenso gentío, para recibir á los héroes de Austerlitz, de Jena y de Friedland. Iba á su cabeza el mariscal Bessieres. Habíase erigido en aquel paraje un soberbio arco triunfal: los abanderados salieron de sus filas, inclinaron sus estandartes, y los magistrados de la capital los coronaron con coronas de oro, en las que se leía esta inscripción: *La ciudad de París al grande ejército*. En seguida la guardia, compuesta de doce mil veteranos atezados, mutilados y con la barba ya encanecida algunos de ellos, desfiló por París, acompañada por aquel mismo gentío lleno de entusiasmo, que no cesó de aplaudir su triunfo. En los Campos Elíseos estaba dispuesta una comida abundante, ofrecida á aquellos doce mil soldados por la

ciudad de París, que, en tan fraternal y nacional solemnidad, representaba á la Francia entera, así como la guardia representaba á todo el ejército. No se mostró propicio el cielo al fin de aquella fiesta, interrumpida repetidas veces por la lluvia; porque no parecía sino que un hado adverso perseguía ya á aquel glorioso ejército, que sólo contribuyó con su heroísmo en la obra colosal de nuestras grandezas y de nuestros errores. Del millar decretado por la Convención sólo había quedado una función prometida en 1806 á todo el ejército de Austerlitz; y de esta función sólo había tenido lugar un festejo á la guardia, contrastado por el cielo y privado de la presencia de Napoleón. Pero la gloria del ejército francés no necesitaba de pompas frívolas. La historia dirá que todos en Francia, desde el 1789 al 1815, mezclaron con errores sus servicios, todos menos el ejército; porque mientras en 1793 se inmolaban víctimas inocentes, el ejército defendía nuestro territorio; y mientras Napoleón en 1807 y 1808 violaba las reglas de la prudencia (1), el ejército se limitaba á batirse; y siempre, bajo toda clase de gobiernos, su único destino fué consagrarse y morir por la existencia ó la grandeza de la Francia.

(1) Utilitario neto se muestra Mr. Thiers en este pasaje cuando sólo se le ocurre censurar en Napoleón la falta de *prudencia*, prescindiendo totalmente de su violación más culpable, que fué la de la *justicia*. (N. del T.)

## LIBRO VIGÉSIMO NOVENO

### ARANJUEZ

Expedición de Portugal. — Composición del ejército destinado á la misma. — Primera entrada de los franceses en España. — Marcha desde Ciudad Rodrigo á Alcántara. — Grandes padecimientos. — El general Junot, para llegar cuanto antes á Lisboa, toma la orilla derecha del Tajo por el recuesto de las montañas de la Beyra. — Llegada del ejército francés á Abrantes en el estado más lastimoso. — Decídese el general Junot á marchar sobre Lisboa con las compañías de preferencia. — Al saber la llegada de los franceses, el príncipe regente de Portugal toma el partido de huir al Brasil. — Embarco precipitado de la corte y de las principales familias portuguesas. — Ocupación de Lisboa por el general Junot. — Continúan los sucesos del Escorial. — Situación de la corte de España desde la prisión del príncipe de Asturias, y el perdón humillante que se le concedió. — Continúan las persecuciones contra sus cómplices. — Desconfianzas y terrores que empiezan á apoderarse de la corte. — A imitación de la casa de Braganza, conciben la reina y el príncipe de la Paz la idea de huir á América. — Resistencia de Carlos IV á este proyecto. — Antes de recurrir á este medio extremo, se procura granjearse la amistad de Francia, y en nombre del rey se reitera la solicitud hecha por Fernando de que se conceda á éste la mano de una princesa de Francia. — Añádense á esta solicitud vehementes instancias para la publicación del tratado de Fontainebleau. — Llegan estas proposiciones á manos de Napoleón estando ya en Italia. — Llegada de éste á Milán. — Obras de utilidad pública mandadas ejecutar en todos los puntos de su tránsito. — Viaje á Venecia. — Congreso de príncipes y soberanos en esta ciudad. — Proyectos de Napoleón para que recobrase Venecia su antigua prosperidad comercial. — Excursión por Udine, Palma Nova y Osopo. — Regreso á Milán por Legnago y Mantua. — Entrevista con Luciano Bonaparte en Mantua. — Permanencia en Milán. — Nuevas órdenes con respecto á España, y aplazamiento de la contestación que había de darse á Carlos IV. — Asuntos políticos del reino de Italia. — Adopción de Eugenio de Beauharnais, y transmisión de la corona de Italia á su descendencia. — Decretos de Milán, opuestos á las nuevas ordenanzas navales de la Inglaterra. — Viaje de Napoleón á Turín. — Obras dispuestas para unir á Génova con el Piamonte y á éste con la Francia. — Regreso á París el día 1.º de enero de 1808. — No puede Napoleón diferir por más tiempo su respuesta á Carlos IV y una resolución definitiva acerca de la España. — Ofrecensele tres partidos: un enlace, una desmembración de territorio y un cambio de dinastía. — Impulso irresistible que experimenta Napoleón hacia un cambio de dinastía. — Aunque fijo en este objeto, no lo está en cuanto á los medios, y entretanto envía refuerzos á las tropas que tiene en la Península y da á Carlos IV una respuesta evasiva. — Llamamiento á la quinta de 1809. — Fuerzas colosales de la Francia en aquella época. — Sistema de organización militar que sugiere á Napoleón la dislocación de sus regimientos, con batallones en Alemania, Italia y España. — Propónese Napoleón terminar de una vez todos los negocios del Mediodía de Europa. — Carácter grave que toman sus diferencias con el papa. — Encárgase al general Miollis que ocupe los Estados romanos. — El movimiento de las tropas inglesas hacia la Península hace que quede desguarnecida la Sicilia, y ofrece la ocasión, tanto tiempo esperada, de mandar una expedición contra esta isla. — Reunión de las escuadras francesas en el Mediterráneo. — Tentativa para poner en Sicilia diez y seis mil hombres y provisiones inmensas en Corfú. — Continuación de los sucesos de España. — Conclusión de la causa del Escorial. — Al recibir Carlos IV las respuestas evasivas de Napoleón, le dirige otra carta llena de turbación y de tristeza, pidiéndole le manifieste con qué designio aglomera tropas francesas hacia los Pirineos. — Instado por tantas preguntas, resuélvese Napoleón á poner por obra sus proyectos. — Establece sus medios de ejecución, y se propone ahuyentar á la corte de España amedrentándola como á la familia de Braganza. — Para esta grave empresa reconoce que necesita más que nunca de la alianza rusa. — Actitud de Mr. de Tolstoy en París. — Informes alarmantes que este funcionario envía á la corte de Rusia. — Explicación de Alejandro con Mr. de Caulaincourt. — Aviso por éste del peligro que corre la alianza, escribe Napoleón á Alejandro y accede á entrar en discusión sobre el repartimiento del imperio de Oriente. — Júbilo de Alejandro y de Mr. de Romanzoff. — Diversos proyectos de reparación. — Primera idea de una entrevista en Erfurt. — Invasión de la Finlandia. — Satisfacción que reina en San Petersburgo. — Tranquilizado Napoleón acerca de la alianza rusa, toma sus disposiciones para producir un desenlace en España en todo el mes de marzo. — Varias órdenes dadas desde el 20 al 25 de febrero con objeto de intimidar á la corte de España y disponerla á huir. — Elección de Murat para el mando del ejército francés. — Ignorancia en que le deja Napoleón con respecto á sus planes políticos. — Instrucción sobre la marcha de las tropas. — Orden de apoderarse de improviso de San Sebastián, Pamplona y Barcelona. — Amenazando el plan adoptado á las colonias españolas, ocurre Napoleón á este peligro con una orden extraordinaria enviada al almirante Rosily. — Entrada de Murat en España. — Recibimiento que se le hace en las Provincias Vascongadas y en Castilla. — Carácter de estas provincias. — Entrada en Vitoria y en Burgos. — Estado de las tropas francesas, compuestas de bisoños, desnudos y enfermos. — Apuros de Murat de resultas de ignorar el plan político de Napoleón. — Sorpresa de Barcelona, Pamplona y San Sebastián. — Efecto desventajoso que produce la usurpación de estas plazas. — Alarma que producen en Madrid las últimas noticias de París. — Proyecto definitivo de retirarse á América. — Oposición del ministro Caballero á este proyecto. — Triunfa esta idea á pesar de su oposición. — Cunde el rumor de los preparativos que se hacen para el viaje. — Conmuévase la población de Madrid y de Aranjuez. — El príncipe de Asturias y su tío el infante don Antonio se declaran contra la partida. — Fijase ésta para el 15 ó 16 de marzo. — La población de Aranjuez y de las cercanías, atraída por la curiosidad, el odio y una sorda fermentación, se apiña en torno del palacio y toma un aspecto formidable. — Vese precisada la corte á publicar el día 16 una proclama desmintiendo los rumores del viaje. — Continúan sin embargo los preparativos de éste. — Motín de Aranjuez en la noche del 17 al 18 de marzo. — Invade el pueblo el palacio del príncipe de la Paz, le destruye y busca á su dueño para matarle. — Vese precisado el rey de exonerar á Godoy de todas sus dignidades. — Continúan las pesquisas sobre el paradero del príncipe. — Después de haber estado treinta y seis horas escondido entre esteras, es descubierto en el momento mismo de salir de su escondrijo. — Líbranse unos guardias de corps del furor del pueblo, y se lo llevan á su cuartel lleno de heridas. — Consigue el príncipe de Asturias disipar el tumulto prometiendo hacer encausar al príncipe de la Paz. — El rey y la reina, aterrados con un levantamiento de tres días y creyendo poder salvar con una abdicación su vida y la del favorito, la firman el día 19 de marzo. — Carácter del motín de Aranjuez.